

la guerra de los mil días
jorge villegas y josé yunis



CARO: MANIOBRA PARA CONTINUAR EN EL PODER

La reelección de presidente no se permite en Colombia. Caro quiere ser reelegido. Tratando de no inhabilitarse hace una maniobra: entrega el poder al designado, general Guillermo Quintero Calderón, en marzo de 1896. Busca presentar nuevamente su candidatura presidencial y mientras tanto continuar manejando todos los hilos de la política, por intermedio de Quintero Calderón, a quien cree poder manipular. La maniobra fracasa pues el general Quintero Calderón resulta ser del bando contrario (histórico) y decide gobernar con cabeza propia. Al ver frustrada su maniobra, temeroso de que el poder le sea arrebatado, Caro regresa a la presidencia, sólo 5 días después de haberse retirado, retiene el poder, pero no podrá aspirar a la reelección pues se ha inhabilitado constitucionalmente.

Para 1897 el problema de la candidatura presidencial se presenta con gran violencia.

Los enfrentamientos entre los conservadores son tan fuertes, que Caro llega a inclinarse hasta por un posible acuerdo con el liberalismo, por resentimiento contra los conservadores históricos y su jefe Marcelliano Vélez. Lanza la candidatura de Antonio Roldán, conservador (para presidente) y el general Sergio Camargo, liberal (para vicepresidente); el proyecto fracasa por el rechazo del directorio liberal.

Caro busca entonces una nueva fórmula: Pedro Antonio Molina y Olegario Rivera y la propone a los electores. Caro la desecha rápidamente enterado de los coqueteos de Molina con sus rivales, los conservadores históricos.

AL FIN UNA FORMULA: SAN CLEMENTE - MARROQUIN

Finalmente, Caro reconoce en su fuero interno la derrota, y busca una fórmula que pueda lograr la aceptación de sus rivales mayoritarios. Es así como propone las candidaturas de Manuel Sanclemente para presidente y José Manuel Marroquín para vicepresidente.

Los históricos saben claramente que las candidaturas oficiales, es decir, las apoyadas por el poder ejecutivo, tienen todas las de ganar, por cuanto hacia su lado se inclina toda la balanza del poder central y de los gamonales regionales. Ellos ya han pensado en la candidatura de Rafael Reyes y Guillermo Quintero Calderón para enfrentarlos a los candidatos oficiales proclamados por Caro. Al surgir la nueva propuesta de Caro (la fórmula Sanclemente-Marroquín), sostienen la candidatura de Reyes pero acogen la fórmula. Unos y otros, nacionalistas e históricos, acogen la propuesta de Caro, movidos por ilusiones que no se cumplieron: los históricos confían en que don Manuel Antonio Sanclemente, por su mucha edad (86 años) no vendrá a la capital; los nacionalistas abrigan la esperanza de que don José Manuel Marroquín, ajeno a los intereses de la política, permanecerá en su hacienda del Chicó.

ELECCIONES

Se enfrentan tres candidaturas para presidente y vicepresidente:

Sanclemente-Marroquín, apoyados por el gobierno. Rafael Reyes - Quintero Calderón, por los conservadores históricos. Miguel Samper-Foción Soto, por los liberales.

Gana la primera. El 4 de Julio de 1898 el gran Consejo Electoral verifica el escrutinio de los votos emitidos por las asambleas electorales. El Dr. San Clemente obtiene la presidencia con 1606 votos, don José Manuel Marroquín la vicepresidencia con 1.693 votos.

Desde el comienzo se sabía que M. A. Sanclemente, por problemas de salud que le impedían subir hasta Bogotá y por su avanzada edad, no podría gobernar. El Vicepresidente, Marroquín, lo confesó en Julio de 1900: "A mí se me había elegido Vicepresidente, por una mayoría de electores bastante superior a la que había recibido el Dr. Sanclemente, y había sido elegido para que efectivamente gobernara, mientras que aquel ciudadano sólo lo había sido, según la intención de los que votaron por él, únicamente para que no fuera elegido otro y no dejara de cumplirse una formalidad legal. Sanclemente fue un cero que se puso para que yo quedara en segundo lugar".

"Todo el mundo estaba persuadido al tiempo de la elección, y hasta mucho más tarde, que el Dr. Sanclemente no había de gobernar. Esto me dijo Miguel Antonio Caro en dos conferencias que tuvimos en Palacio en las que trabajó para seducirme a aceptar la candidatura".

Y así sucedió: Sanclemente se quedó gastando sus postreros días en su apacible retiro bugueño, y Marroquín fue presidente.

MARROQUIN PRESIDENTE INCOMODO

El 7 de Agosto de 1898 se posesiona como jefe del poder ejecutivo de Colombia, el vicepresidente José Manuel Marroquín.

Para sorpresa de los políticos profesionales, y en especial para Caro, el irónico escritor don José Manuel Marroquín, llega al poder para ejercerlo con prescindencia del círculo que lo ha conservado hegemónicamente, y que paradójicamente lo llevó al solio presidencial con la esperanza de gobernar por tercera persona.

Bien pronto se ve que Marroquín tiene la cabeza llena de ideas sobre cómo gobernar, que no encajan con el espíritu de los Nacionalistas. Es cierto que siempre estuvo alejado de la mecánica política, pero no de las ideas políticas. Más que un hombre de acción es un ideólogo que al final de su vida, a pesar de haber deseado y logrado mantenerse siempre alejado de las pasiones políticas, terminará siendo arrastrado por ellas y triturado.

Prontamente solicita del congreso la aprobación de leyes que suprimen las facultades extraordinarias del ejecutivo, buscan la pureza del sufragio y una rígida fiscalización de la hacienda pública. Todas

van dirigidas contra el círculo Nacionalista: les arrebatada la posibilidad de perpetuarse en el poder mediante el uso de las facultades extraordinarias y el fraude electoral y, de remate, les impide usufructuar el botín del poder político al exigir una contraloría más eficaz de los gastos públicos.

La luna de miel entre Caro y Marroquín ha sido muy breve. Caro, encerrado en su casa del Camellón de las Nieves, se desespera. Ha perdido la batalla. El Nacionalismo, como partido dirigente, queda fuera del gobierno.

Caro juega la carta final. Decide traer a Bogotá al anciano Sanclemente, viaje que por lo dificultoso y la edad del paciente, tiene pocas posibilidades de permitirle llegar con vida desde la lejana Buga a la altiplanicie. Dos meses después de haberse posesionado Marroquín como Vicepresidente, Caro recibe un telegrama que le informa:

Señor Miguel Antonio Caro. Bogotá.

Sigo hoy para esa capital, y pronto tendré el gusto de ver a Usted, de ofrecerle de nuevo mis respetos y darle un abrazo, afectísimo. Manuel Antonio Sanclemente. (Octubre 7-1898).

Caro, regocijado, responde al instante, simulando sorpresa:

Dr. Sanclemente. Cartago.

Ayer domingo fueme entregado telegrama de Ud. del 7. Tanto más agradezco el anuncio de su venida y los afectuosos términos en que Ud. me lo envía cuanto no respondiendo a indicación mía de ningún género, ello ha sido espontánea y caballerosa atención de Usted. Comprendo la magnitud del sacrificio que Usted hace en bien del país, y como sé que las grandes resoluciones no se toman sin auxilio especial de lo alto, no dudo que Aquel le ha dado a usted ánimo y fuerza para emprender la penosa marcha y afrontar la inevitable lucha, y le protegerá y fortalecerá en el cumplimiento de su misión. El partido Nacional prestará a Usted desinteresado apoyo: él no pide favor sino justicia. Afectísimo amigo: Miguel Antonio Caro.

Pero la profunda división del conservatismo se evidencia en la composición del congreso. El senado es mayoría nacionalista y en la cámara dominan los históricos. El 3 de noviembre de 1898 el senado apoya la posesión de Sanclemente, y la cámara, impugnándola, quiere dar un golpe de estado. Ante esta contingencia, el nacionalismo opta por lograr que la Corte Suprema de Justicia ratifique la posesión del presidente; pero tienen que transar con los históricos, dejando intacto el equipo ministerial que Marroquín había nombrado.

Marroquín narra en carta a su hijo las incidencias del agitado tres de noviembre: "El doctor Sanclemente vino. El día tres señalado para la posesión, hubo una agitación terrible. Una muchedumbre inmensa y hostil a Sanclemente ocupó las calles inmediatas a su casa y tomó la actitud más amenazadora. Hubo negociaciones con la cámara y muchas idas y venidas de comisiones y particulares. Era imposible que la muchedumbre dejara salir al doctor y se resolvió que la Corte Suprema se trasladara de su local a la dicha casa de Sanclemente. Un batallón formó, y la Corte Suprema pasó y dio

la posesión. Inmediatamente se expidió el nombramiento de Ministros, y como éstos fueron los mismos que yo tenía, la agitación empezó a calmar algo. Cuando supe que ya el doctor Sanclemente había tomado posesión, me vine para el Chicó a las 5 y media de la tarde".

Y allí, en su apasible residencia campestre, se queda Marroquín añorando su fugaz y frustrada permanencia en el poder, que lejos de disuadirlo a retirarse a esperar el término de su jornada, lo impulsará a volver.

LA PRESIDENCIA EN UN VERANEADERO

La altura y el frío resultan mortales para el senil presidente Sanclemente, y si muere regresará la amenaza de Marroquín, quien ejercerá plenamente como presidente, sin que nadie pueda impedirlo. Optan por llevarlo a vivir a una población cercana a Bogotá, Anapoima, donde los aires tibios podrán prolongar un poco más la escasa vida que le resta. Estando Sanclemente incapacitado para gobernar nombra como ministro de gobierno a Rafael María Palacio, llamado por apodo "el pájaro carpintero". Este personaje es quien realmente gobierna.

El equipo ministerial se dispersa. Algunos ministros permanecen en Bogotá y otros van a Anapoima. Para obviar las dificultades de comunicación se fabrican sellos de caucho, con la firma del presidente, así se gobierna, o mejor dicho, se desgobierna. Sanclemente, abstraído por el sopor senil, cercano a la muerte, poco se entera del mundo que le rodea, y menos aún de la tormenta que se avecina y en cuyo turbión él y miles de colombianos serán devorados.

LOS LIBERALES A LA EXPECTATIVA

Los liberales han perdido el poder desde 1878. De acuerdo con las costumbres políticas de la época, su exclusión es total. Cuando fueron gobierno, procedieron de igual manera con sus adversarios conservadores. No tienen representación en el gobierno y sus votos no cuentan para nada.

En las pasadas elecciones enfrentaron a las candidaturas conservadoras, las de sus líderes Miguel Samper y Foción Soto. Fueron derrotados, logrando tan sólo 318 y 324 votos contra los 1606 de Sanclemente y 1693 de Marroquín. Esta no es la expresión real de su fuerza. Suman por lo menos la mitad de la población que cuenta con derechos políticos de elegir y ser elegido. El propio Miguel Antonio Caro, con su ácida y gráfica forma de describir los hechos, lo ha confesado al decir que en Colombia: "El que escruta elige".

Así es la política. Electoralmente es imposible llegar al poder. De ahí que la única forma de obtenerlo y retenerlo, es por la fuerza de las armas. Las urnas electorales para nada cuentan. Esta es la explicación final de todas nuestras guerras civiles.

Pero, dejemos que sea la pluma de Carlos Martínez Silva, líder de los conservadores históricos, quien continúe mostrándonos claramente la situación:

“Es innegable, existe aquí una porción nada despreciable que constituye la parte más rica e ilustrada, inteligente y activa de la república; y notorio es también que esta porción se halla dividida, por lo menos, en dos partidos políticos, bien o mal deslindados, pero que, en todo caso, representan tendencias y aspiraciones distintas, más bien que opuestas”.

“¿Están, siquiera, estos dos partidos proporcionalmente representados en el cuerpo legislativo? ¡Responden los números! 94 que llamaremos conservadores, y 2 liberales, que constituyen el congreso”.

“¿Y habrá en Colombia persona dotada de sentido común que se atreva a sostener que dos representantes en el congreso y 5 diputados en dos asambleas departamentales (Panamá y Antioquia) son la representación que corresponde al partido liberal, para no hablar de la que correspondería al partido conservador republicano (históricos)?” (1).

El partido liberal está dividido frente a los métodos para reconquistar el poder: esta es una división ideológica: *los pacifistas*, buscan mediante la oposición civil que el gobierno reconozca sus derechos y cambie las prácticas electorales, y: *los guerreristas*, aducen que la única forma de lograrlo es a plomo y que la coyuntura de división conservadora y desgobierno de Sanclemente, es favorable para una contienda armada.

PACIFISTAS VS. GUERRERISTAS

Es presidente del directorio liberal Aquileo Parra, cabeza visible del sector pacifista. Lo secundan especialmente los periodistas Carlos Arturo Torres y José Camacho Carrizosa, quienes escriben en “La Crónica”, y Diego Mendoza Pérez que dirige “El Relator”.

Concuerdan con él Rafael Rocha y Pedro A. López, dos poderosos financistas quienes consideran más útil dedicar parte de sus fondos a la educación de la juventud liberal que a la compra de armas.

A la fracción moderada del liberalismo que sólo desea tranquilidad a cuya sombra puedan vivir los colombianos en paz y los negocios en ascenso, no escapa la importancia de las Leyes aprobadas por el congreso de 1898 que, por sí solas, hubieran sido bastantes para impedir cualquier propósito insurreccional de la oposición. Las nuevas leyes están dirigidas con habilidad a acallar los rezongos de los adinerados del liberalismo, a darles, en el desarrollo de las actividades económicas, satisfacciones y garantías que el partido de gobierno niega en el campo del sufragio a los sectores populares de la oposición. La táctica va dirigida a quebrantar la Unidad Liberal. A provocar una escisión en sus filas.

Desalojados los liberales de toda ingerencia en el manejo de los negocios públicos y sin ninguna participación en el presupuesto burocrático del estado, hubieron de dedicarse sus adherentes a los negocios particulares. Por voluntad propia y fuerza mayor, lo hicieron. En la industria del café (más en su comercialización que en el cultivo) encontraron muchos liberales fuente caudalosa de ingresos que en poco

tiempo los hizo ricos. La Regeneración, necesitada de recursos fiscales para atender compromisos de elecciones y de mantenimiento del orden público, y estimulada por el hecho de que la industria cafetera estaba en atractiva proporción en poder de elementos liberales acaudalados, gravaba la exportación del grano en forma desusada. La ley 9 de 1898, aprobada por el congreso, abolió este impuesto. La medida es acogida por los liberales adinerados como prenda de concordia pública. Están satisfechos y agradecidos del gesto, como también del que indemniza a los industriales perjudicados con los monopolios oficiales, expedido por el mismo congreso. Este último beneficia, especialmente, a los ricos tolimenses, en su casi totalidad de ideas liberales.

Menos impuestos a la exportación de café y notables concesiones políticas al liberalismo. Eran estos dos hechos los que forzaban las voluntades tranquilas de los núcleos adinerados del partido liberal en favor de soluciones pacíficas para el problema político que comenzaba a despejarse.

Los pacifistas concluían, en vista de estos hechos: ¿Por qué y para qué se iba a lanzar el partido liberal a la guerra? ¿No era absurdo, así, precipitarse a una guerra para la cual el liberalismo ni siquiera estaba preparado?

Los civilistas aducen, además, que el partido está muy debilitado y no podrá enfrentar una nueva guerra con posibilidades de triunfar, contra el conservatismo. La fulminante derrota de 1895 les da la razón.

Acaudillan a los guerreristas Robles y Rafael Uribe; este último, parlamentario por Antioquia y director del periódico “El autonomista” es secundado por los escritores Ricardo Tirado Macías y Max Grillo. Aducen, que: El partido liberal se presentó a las últimas elecciones para integrar la cámara de representantes, haciendo a un lado sus resentimientos, (el destierro de Santiago Pérez y Garcés, la clausura de sus periódicos, la cárcel para sus dirigentes más calificados, la cruda represión policiva después de la aventura bélica de 1895, la arbitraria restricción del derecho del sufragio) logrando sólo dos representantes por la circunscripción más conservadora del país: Antioquia. En los demás departamentos no se les permitió votar. Cuantas veces los jefes liberales se acercaron al gobierno en solicitud de garantías, la respuesta de su vocero fue: vayan a buscarlas al campamento.

A pesar de todo, los liberales hacen un nuevo esfuerzo y deciden ir a las elecciones presidenciales. La candidatura de Miguel Samper aglutina en torno suyo todos los sectores liberales, tanto civilistas como guerreristas. Del debate sale el liberalismo con las heridas más sangrantes. El insuceso golpea el prestigio de los jefes pacifistas y abre dentro de la colectividad anchas posibilidades a los predicadores de la guerra, que no desperdician oportunidad para lanzarse a la revuelta, francamente estimulados por Rafael Uribe Uribe.

Desde dos años antes han decidido lanzar la guerra: “En junio de 1898 se reunieron en Zipaquirá, entre otros, Foción Soto, Uribe Uribe, los hermanos Neira, Zenón Figueredo, Mac Allister y el doctor Pablo E. Villar. Desde entonces se escogió el departamento de Santander como futuro teatro de las opera-

1. Martínez Silva, Carlos - *Capítulos de Historia Política*.

ciones iniciales, por las circunstancias de ser habitado por mayoría liberal, y por su condición de fronterizo con Venezuela, porque se contaba con la revolución que fomentaba en este vecino país el general Cipriano Castro" (2).

Un hecho aparentemente trivial viene a reforzar considerablemente la argumentación y posición de los partidarios de la guerra. Contra los propósitos y ratiocinios del sector pacifista, se estrella con fuerza el tratamiento dado por el presidente Sanclemente al proyecto de ley electoral, presentado por José Vicente Concha, y aprobado por la cámara de representantes, pero que el senado no había alcanzado a considerar siquiera, porque el propio presidente de la república no consideró oportuno prorrogar, para ese efecto, las sesiones ordinarias del congreso. Pretextó el jefe del Estado que la mayoría nacionalista del senado no le daría su aprobación. La agria pugna interna del conservatismo incide dañosamente en las aspiraciones liberales, puestas en la aprobación de este estatuto electoral. El insuceso legislativo de este proyecto da un arma poderosa al grupo guerrerrista del general Uribe Uribe, que hace estratégico caso omiso de las otras 8 leyes aprobadas, cuya vigencia aliviaría sobremanera la penosa situación de muchos liberales.

Los observadores políticos agudos vaticinaron el gravísimo costo de este error: "Perdida esta oportunidad, que no volverá a presentarse sino 4 años más tarde, término acaso demasiado largo para nuestra genial impaciencia, el problema desolador ha quedado en pie" (3). De todos modos desde antes, los liberales guerrerristas ya habían jurado lanzarse a la contienda.

LOS GUERRERISTAS SE COMPROMETEN BAJO JURAMENTO DE HONOR

En febrero 12 de 1899, se efectúa una nueva reunión de los partidarios de la guerra, que concluye con un pacto de honor, en el que acuerdan: "Los suscritos liberales, convencidos que el restablecimiento de la República, no se obtendrá sino por medio de la guerra, prometemos solemnemente levantarnos en armas contra el gobierno actual, en la fecha exacta que fije el director del partido en Santander, y obedeceremos las instrucciones precisas que dicho director nos comunique".

"El director (Pablo E. Villar), a su turno se compromete a no dar la orden de alzamiento sin tener en su poder los documentos comprobantes de que un número suficiente, por su cuantía y responsabilidad, de jefes liberales, secundan el movimiento en la mayor parte de la república; contando también con que

se pondrán en juego todos los elementos que permitan los recursos de que disponga la dirección del partido en Santander".

"En este compromiso empeñamos el honor personal y militar de cada uno de los firmantes".

"El director del partido en Santander, Pablo Emilio Villar; José María Ruiz, Rafael Uribe Uribe; Ramón Neira M.; Marco A. Wilches; Zenón Figueredo; Ignacio V. Espinoza; J. M. Phillis; Rogelio López; Justo L. Durán; Eduardo Padilla Frazer; J. F. Gómez Pinzón; Rodolfo Rueda, etc." (4).

Y en manos de Pablo E. Villar queda el futuro. Haya o no armas, hombres y dinero en cantidad suficiente. El desde siempre ha querido la guerra y ahora nada lo detendrá.

PARA REMATAR, CRISIS ECONOMICA.

Para redondear este explosivo panorama, irrumpe la crisis económica: "Mayo de 1899 fue el mes de la crisis económica. La baja del café en el mercado de Nueva York fue el toque bíblico de alarma. La gente se lanzó a comprar giros sobre el exterior y la disminución repentina del medio circulante aceleró la crisis económica" (5).

La crisis no es determinante para la guerra, simplemente la favorece, como un motivo más para la insatisfacción general.

EL GOBIERNO APRESA LIDERES LIBERALES.

En Julio 28 de 1899 el gobierno, en antecedentes de lo que se está fraguando, arresta en Bogotá a Uribe Uribe y varios jefes liberales, y decreta estado de sitio en Cundinamarca y Santander. El apresamiento y conducción de los jefes, a la vista del público, causa malestar y rechiflas. Poco después, el gobierno vacila, y libera, primero a los restantes líderes, y finalmente a Uribe Uribe quien sale de la prisión en carruaje descubierto y acompañado de Jorge Holguín, atravesando aparatosamente la ciudad, en un manifiesto intento de apaciguar los caldeados ánimos. Pero también evidenciando la debilidad, vacilación y desunión del equipo de gobierno.

PUGNA A MUERTE ENTRE CONSERVADORES

Para agosto de 1899 el espectro de la guerra flota en el ambiente. Por esta época los conservadores históricos, acaudillados por Marceliano Vélez, se reúnen en convención en Bogotá y acuerdan un mani-

2. Coronel Flórez Alvarez, Leonidas - *Campaña en Santander*.

3. Martínez Silva, Carlos. *Capítulos de Historia Política*.

4. Tamayo, Joaquín - *La Revolución de 1899*.

5. *Ibidem*.

fiesto que, ni más ni menos, es una tática "declaración de guerra" al gobierno de Sanclemente, y un inestimable refuerzo para las esperanzas, ciertas o no, de triunfo fácil que alimentan los liberales bélicos. El comunicado dice:

"La junta de delegados del partido conservador, considerando: que de la crisis fiscal y económica que hoy aflige a la nación son responsables principalmente la administración ejecutiva del sexenio anterior (Caro), y la actual (Sanclemente); que el gobierno lejos de buscar remedio a los gravísimos males del país, sólo presta atención a la política y a hacerse sentir con los alardes de fuerza que despliega aprisionando individuos inculpados y poniendo bajo la ley marcial parte del territorio de la república, sin motivo hasta ahora justificado, acuerda:"

"1. Declarar que el gobierno actual por su política y sus tendencias, no corresponde a los ideales, prácticas y aspiraciones del partido conservador, y que en consecuencia los conservadores no están en la obligación moral de apoyarlo y compartir con él la responsabilidad de sus actos".

"2. Autorizar a la dirección del partido para que, si las circunstancias actuales y la política oficial cambian substancialmente, obre en el sentido que considere más conveniente para el país y que esté de acuerdo con la tradición del partido conservador".

"3. Declarar que si llegase el caso de romperse el orden constitucional, es deber de los conservadores esforzarse por todos los medios a su alcance en restablecerlo, sin aguardar órdenes ni instrucciones de nadie y uniendo de hecho sus esfuerzos con los demás republicanos que tengan igual aspiración. Marceliano Vélez; Augusto N. Samper; José Joaquín Pérez; Juan Bautista Pombo; Jorge Roa; Juan B. Pérez y Soto; Eduardo Posada; Ignacio J. Hoyos; Agustín Uribe; Emiliano Isaza".

Esta línea de conducta se traduce, en la práctica, en acuerdos al comienzo de la guerra, en especial en Santander, donde firmaron un tratado comprometiéndose los conservadores: "En nuestro carácter de miembros del partido conservador republicano, hallándonos por consiguiente desligados de todo vínculo con el gobierno que preside el señor doctor Manuel Antonio Sanclemente, nos comprometemos bajo palabra de honor y con toda la solemnidad que el caso requiere, a guardar la más estricta neutralidad en todo lo relacionado a la campaña bélica que el partido liberal ha emprendido".

Pactos y promesas que el calor de la guerra abrazará como cañas secas.

ESFUERZOS POR DETENER LO INCONTENIBLE

Aquileo Parra trata desesperadamente de evitar la guerra. En un último esfuerzo, envía al coronel Jacinto Vargas para tratar de disuadir a su pariente el general Juan Francisco Gómez Pinzón. Vano intento. Cuando se entrevistan ya es demasiado tarde. El general Gómez Pinzón da el toque de guerra y se apresta a combatir en San Gil.

Uribe Uribe, a su turno convencido de la premura y falta de organización y armamento envía un telegrama a Pablo E. Villar, buscando por este medio hacer abortar el movimiento:

"Es voz común en el gobierno y en el público que el 20 estallará movimiento revolucionario encabezado por Ud. como director en Santander. Autorícenos para desmentir especie. R. Uribe, Figueredo". (Octubre 5).

La respuesta de Villar seca y obstinada no tarda. El 6 contesta:

"Ignoraba la especie; autorízolos formalmente para desmentirla. Afortunadamente su misma publicidad la anula; y el país sabe a qué atenerse, por dolorosa experiencia, respecto de esta clase de anuncios. Pablo E. Villar".

Este gesto sólo le valió a Uribe el remoquete de delator por parte de Villar, y en cierta forma tenía razón. No debe olvidarse que el más acalorado caudillo de la guerra fue desde tiempo atrás Uribe. Por esto Villar comentará: "Uribe entonces delató por la demora y hoy delata porque le parece prematura la guerra".

Estos profundos altibajos en la conducta y personalidad de Uribe le crearán, ahora y en el futuro, graves discrepancias con sus compañeros de aventura.

No habiendo logrado éxito con esta maniobra, Uribe se dirige a marchas forzadas a los llanos a conversar con Vargas Santos, anciano general partidario de la lucha y quien goza de prestigio. Acuerdan suspender todo movimiento armado hasta que se organice el partido militarmente, trabajo que debe ejecutarse enseguida.

Este es el reconocimiento tardío de los errores y apresuramiento. Más tarde el general Vargas Santos, comentó amargamente: "Con cuánto dolor y sorpresa supe días después que la guerra había estallado, y que las palabras de los promotores de aquel impaciente movimiento fueron palabras engañosas"⁽⁶⁾.

También el general Benjamín Herrera, el más capaz de los dirigentes militares con que cuenta el partido liberal, se da cuenta de la precipitación:

"Un día antes del pronunciamiento, llega a Bogotá un comisionado suyo informando que le han ordenado levantarse el 20 de Octubre, que sólo cuenta con 60 rifles pero que, así y todo, si no se aplaza el movimiento, ellos harán por su causa cuanto les sea posible"⁽⁷⁾.

El 16 de Octubre los liberales pacifistas lanzan un llamamiento que intenta detener la contienda:

"El directorio del partido liberal, reunido en Bogotá, convencido de que a los intereses de la causa liberal y de la patria, lo que mejor conviene en la presente angustiosa situación de la vida nacional es la conservación de la paz pública. Resuelve:"

6. Tamayo, Joaquín - La Revolución de 1899.

7. Caballero, Lucas - Memoria de la guerra de los 1.000 días.

"1. Aconsejar encarecidamente a sus copartidarios que conserven una actitud pacífica".

LA GUERRA

"El 18 de octubre de 1899 repiqueteó incesante, día y noche, el telégrafo en la tranquila población veraniega de Villeta, residencia del presidente Sanclemente. Los puntos y rayas de la clave de Morse van dejando caer las noticias. Cada una más inquietante que las anteriores:".

"Una guerrilla ataca la población. Se está combatiendo en las calles. Han asaltado ya los edificios en que funcionan las autoridades legítimas. Resistimos apenas. La manzana norte de la plaza está ardiendo. Corro a esconder los aparatos telegráficos" (8). Luego, el silencio.

8. Gómez, Efe - 18 de Octubre.

Ha estallado la guerra.

El gobierno extiende el estado de sitio a todo el país (ya funcionaba en Santander y Cundinamarca). Y ordena la movilización de las tropas.

El primer grito de guerra lo da en el Socorro el general Juan Francisco Gómez Pinzón. Al propio tiempo lo hace Ramón Neira en Ráquira y Zenón Figueredo en Nocaima. Al día siguiente se alza el general Justo L. Durán en Cáchira; y Benjamín Herrera ataca en el Pinchote. Cumpliendo el compromiso de honor, jurado poco antes, todos los comprometidos van a los campamentos.

DE COMO EN UN INSTANTE SE ROMPE UN MUNDO DE PAZ

El escritor Efe Gómez, contemporáneo de la guerra, ha dejado vívidos testimonios del inicio de la contienda. En su cuento "18 de Octubre", en ágiles trazos muestra cómo se inicia, y cómo la sufren los hombres del pueblo, los humildes:



"Despiertan las fieras. El mundo es de las fieras, por todos los caminos revienta el galopar de los jinetes que van en busca de sus campamentos".

"¿Quién vive? Se oye gritar en los rincones sombríos, y el fogonazo de las descargas horada la luz perlada de la luna".

"Salen cautelosos de sus escondites, pálidos, harapientos, la barba enmarañada en las caras pálidas, los criminales fugitivos. Saltan a la vía. Las narices dilatadas. Otean el horizonte. ¡El mundo es suyo!".

"Pasean inquisidores los criminales natos, que vivían ignorándose a sí mismos, y en sus bocas hay olor, sabor a sangre. Serán los héroes de la revuelta".

"Cuentas alegres. Una cabaña de paja. Delante de ella un cerco. Una cancilla que da a un pequeño prado. Se abre la cancilla y da paso a una anciana que trae en los brazos una vasija colmada de agua-masa y cáscaras que vierte en una canoa, llamando: ¡chinó!, ¡chinó!".

"Se levanta al llamamiento, del fangal en que está echando la cabeza, un cerdo enorme, y viene a ella y comienza a beber. La anciana sobándole con cariño, cómo está de lindo mi tesoro! (palpándole el anca): lo menos (poniendo de canto la palma de la mano), esto de tocino en l'anca. Y en el hombrillo (midiendo) siete... siete pulgadas lo menos".

"Riendo de gusto: Y el precio a que se va a poner la arroba de material de marrano en esta pascua... a novecientos pesos lo menos... a ver... Según dice mi compadre tiene de once a siete arrobas, que son: nueve... nueve y nueve... nueve... veintiocho... ¡María! Muchos pesos, muchos".

"Compro el hábito de mi padre San Francisco p'a que m'entierren con él... compro el escapulario del Carmen, compro... no compró más. Y el resto, el resto... a plan de baúl p'a ir sacando y irme cuidando".

"Con gozo, bailando y llevando el compás con las palmas: Agora sí compro mi queso e' cadera. Agora sí compro mi libra e' cacao".

"Mientras ella canta y baila entran al prado por la cancilla que ha quedado abierta, una fila de soldados. El que parece el jefe: "—Sargento Villa, Usted que es baquiano, mate ese animal para que su papá almuerce".

"La anciana, mirándolos muy abiertos los ojos: Que qué?".

"El cerdo está ya en el suelo y se llega al marrano, lo coge, lo ata, lo tumba. Dos soldados arrastran a la anciana que, abrazada a su tesoro, forceja, grita, llora".

"El cerdo grita en el suelo y el sargento Villa se apercibe a degollarlo, alzando sobre el codillo, que descubre tirando del brazuelo, un lempo de cuchillo mata-ganado".

"Reclutamiento: Un pelotón de hombres armados descende por la colina. Los guía el propietario de allá arriba. El rico hombre a quien mantiene insomne el desamor de Elisa; el que odia a par de muerte al gentil Leonardo que dentro de 3 días ha de desposarla. Párase en una vuelta del sendero y

enseña a los que guía una cabaña y se oculta cauteloso. Bajan los demás y cercan la cabaña. Hunden la puerta a culatazos. Penetra en ella una parte, mientras otros la rodean. Salen a poco los que entraron trayendo a Leonardo atado, mientras la madre y las hermanas bellas caen de rodillas, suplicantes. A poco llegan al patio de la cabaña, entre dos filas de soldados, casi todos los que bajaron ayer tarde cantando por la falda, atados por las muñecas. Vienen reclutados, cazados como malhechores, destinados a la matanza, ellos, los buenos, los que edifican fibra a fibra el organismo de la patria. Surge Elisa. Se abre paso a través de todos. Se abraza a Leonardo y se vuelve a los que lo tienen prisionero en ademán de interponerse entre su novio y el destino. ¡La infeliz! Si pudiera ver ella el gesto con que desde su escondite la devora su victimario" (9).

Por los caminos que desde el interior de la república se dirigen al norte, se van engrosando las filas de combatientes. Comienza la destrucción sistemática de todo lo que a su paso consideran de carácter estratégico:

"A machetazos échanse por tierra los postes del telégrafo, medida que, no obstante ser necesaria, causa disimulado disgusto por tratarse del único signo de progreso existente en aquellas veredas.

"Llegada la gente a Jordán, camino del Socorro, atravesó el río por el más hermoso y sólido puente con que entonces contaba Santander. Cuando los revolucionarios estuvieron en la Mesa de los Santos, se ordenó que fuese cortado el puente".

"Tal fue el primer signo que manifestó la guerra para que se juzgase de su terribleza en el futuro" (10).

El rastro del paso de los combatientes va quedando claramente marcado por estos signos de destrucción y por el plumero de las aves de corral hurtadas a los campesinos de sus chozas a la vera del camino.

"Los cuerpos que van a vanguardia despojan sin compasión a las gentes de las veredas; vense en éstos infinidad de plumas de gallina y pavo; los gritos de las aves sorprendidas por la irrupción de sus bárbaros enemigos aturden, y las protestas de las dueñas, entremezcladas de lágrimas, son para ablandar corazones duros. Señor Coronel. Señor Comandante, dicen los despojados, nosotros somos de los mismos. ¡Hágame devolver mis gallinitas! ¿Quién se las roba?".

"Aquel de sombrero negro se lleva el gallo. Ah! mi gallo tan bonito. Y el de más allá se cogió la amarilla... Mire señor le acaba de torcer el pescuezo, (no puede continuar hablando porque se lo impiden los sollozos) y ver que somos liberales, que nuestros maridos están con los pronunciados y, luego, pasarán los otros y también nos quitarán los animalitos...! Los pobres somos los que sufrimos" (11).

Estos son apenas los sufrimientos iniciales y hay todavía un largo camino por recorrer.

9. Ibidem.

10. Grillo, Max - Emociones de la Guerra.

11. Ibidem.